

EL ESPACIO INFORMÁTICO: UNA MUTACIÓN ESPACIO-TEMPORAL EN LA DINÁMICA DEL PODER MUNDIAL

Raúl Domingo Motta

En este trabajo se explora la implicancia de la interacción del espacio informático con las dinámicas de poder en relación con la planetarización de las sociedades y las culturas, desde la perspectiva del pensamiento complejo. Fue presentado en el IV Congreso Iberoamericano de Informática y Derecho, en pos de la integración, Bariloche, Argentina, mayo 1994.

Las últimas estructuras se han gastado
y es preciso cambiarlas,
sobre todo las más finas.
Desmantelar el aire, por ejemplo.
Desmantelar el pensamiento.
Pero ¿reemplazarlos con qué?...

Roberto Juarroz

1. Breve noticia sobre los acontecimientos mundiales.

Los acontecimientos que se manifiestan, desde hace dos décadas, en el devenir planetario del mundo generan una cantidad de interrogantes frente a los cuales el conocimiento y la experiencia histórico-política son, más bien, un relativo obstáculo que una sólida y segura base para iniciar una reflexión comprensiva de los sucesos mundiales. Porque como señala el ex-presidente de la Universidad de las Naciones Unidas, Soedjakmoto:

En el proceso de interdependencia todos nos hemos vuelto vulnerables. Nuestras sociedades son permeables a decisiones tomadas en otros lugares del mundo. La dinámica de la interdependencia podría entenderse mejor si imaginamos al mundo, no como un mapa de naciones sino como un mapa meteorológico, en el que los frentes climáticos se arremolinan y se desplazan con independencia de cualquier frontera mientras frentes de bajas y altas presiones crean nuevas condiciones meteorológicas a gran distancia.

Si bien no podemos afirmar que en la historia existan leyes que den cuenta de una visión determinista, no obstante es importante destacar que las sociedades no se transforman caprichosamente sino, a través de un ritmo y un juego de variables altamente complejas que lejos de ser un obstáculo, son las claves para la reflexión prospectiva y un elemento definitivo de desconcierto, tanto para la visión reduccionista y mecanicista del determinismo histórico, como para las no menos ingenuas visiones mesiánicas.

En función de ello y con el fin de iniciar esta reflexión se parte de la percepción de que el espacio informático es la materialización de una noción de poder global que, como un virtual flujo

orientador del devenir mundial, transnacionaliza y transideologiza todas las dimensiones del quehacer humano sin recurrir a un potencial hegemónico para ese fin.

Así es dable pensar que el espacio informático es una herramienta fundante de una nueva noción de poder que valiéndose o no, según el caso y las circunstancias de los estados nación, normativiza, a través de trazos gruesos, una cierta orientación global del devenir político mundial. Estos trazos gruesos norman los futuribles, modelando los procesos particulares, a través de un juego de variables interdependientes y complejas, predisponiendo las decisiones y anticipando la percepción de sus consecuencias, desde una temporalidad situada en un futuro deseable, que actúa por simulación en el presente.

El presente a su vez, se desmaterializa por medio de la hiperrealización de los juegos comunicacionales, mediante opciones computables en función de procesos de modelación continuos. Paradójicamente, la sensación de levedad de las cosas provocada por la mediación de las telecomunicaciones en el tiempo contrasta con la evidente gravedad del poder real que, por su capacidad de simulación, ha abandonado todo disimulo.

La simulación es precisamente este desarrollo irreversible, esta concatenación de las cosas como si éstas tuvieran un sentido, cuando sólo están regidas por el montaje artificial y el sinsentido. La subasta del acontecimiento mediante la desinformación radical. La tasación del acontecimiento contra su puesta en juego, contra cualquier apuesta histórica. Si apuesta hay, permanece oculta, enigmática, se resuelve en unos acontecimientos que no se producen realmente. Y no estoy hablando de acontecimientos corrientes, sino de los acontecimientos del Este, de la guerra del Golfo, etc.(Baudrillard).

Sólo la seguridad en un devenir normado por modelación de futuribles simulados, inducidos a través de la manipulación de la información en tiempo real, permite el grado de certeza necesaria en las tomas de decisiones, para asumir la gobernabilidad del cambio global que el desarme, la caída del muro de Berlín, la fragmentación de la URSS, la generación de regionalismos, la desestatización de las naciones, la eliminación del apartheid, la reconversión tecnológica global, la desindustrialización del capitalismo, la ecopolitización de la sociedad mundial, la pronta reconversión demográfica y la futura despauperización gradual del submundo planetario, manifiestan.

Por primera vez, la humanidad, a través de la satelización de sus propias urgencias y expectativas, puede convencerse, por medio de catástrofes recursivas, de las ventajas de una paz duradera y de la necesidad de un desarrollo autosostenido.

La catástrofe artificial, como los aspectos benéficos de la civilización, progresa mucho más deprisa que la catástrofe natural. Los subdesarrollados todavía están en esa fase primitiva de la catástrofe natural e imprevisible, nosotros ya estamos en la segunda fase, en la de la catástrofe fabricada -inminente y previsible- y no tardaremos en llegar a la de la catástrofe programada, la catástrofe de la tercera generación -deliberada y experimental- Y a ello, paradójicamente acabaremos llegando, a fuerza de buscar los medios de escapar a la catástrofe natural, a la forma imprevisible del destino. A falta de poder escapar al destino, el hombre fingirá que es obra suya. A falta de aceptar el reto con alguna eventualidad fatal o incierta, preferirá escenificar su propia muerte como especie (Baudrillard).

A medida que el mundo real se empequeñece, el mundo virtual se agiganta. El mundo, como espacio simbólico del acontecer humano, se aproxima a un estadio que disuelve toda rigidez en un juego vertiginoso de resonancias entre lo uno y lo múltiple, el todo y la parte, lo homogéneo y lo heterogéneo. El devenir del mundo conforma una especie de totalidad hologramática, donde cada microproceso contiene la información virtual y el sentido global de la planetarización, y ésta, a su vez es un todo plural que se desenvuelve en una diversidad compleja de sistemas con precaria estabilidad.

... en la naturaleza no existe un continuo, o mejor aún, un medio total, el universo material. En el espacio no hay líneas rectas; tal como lo señaló Einstein las paralelas no se unen en el infinito. Simplemente se curvan sobre sí mismas. Hemos invertido la línea recta para darnos un sentido de la situación sobre la superficie de la Tierra. Pero la referencia euclidiana no funcionará en el espacio exterior. La verdadera naturaleza, tal como deberíamos entenderla, es acústica. El espacio acústico no tiene centro.

Consiste en resonancias causales sin límite. Es el tipo de orientación que tenemos cuando nadamos o andamos en bicicleta: multisectorial, llena de espacios kinéticos. La matemática euclidiana no comprende realmente lo acústico: es demasiado racional. Los conceptos booleanos de las posibilidades algebraicas podrían ser un lugar para comenzar...(McLuhan y Powers).

La pre-meditación y la prudencia son virtudes fundamentales para percibir y reflexionar sobre las implicancias de un proceso global y vertiginoso que diluye el espacio, artificializa el acontecer y diversifica el tiempo histórico a medida que sateliza la historia de los tiempos.

2. De una estética de la catástrofe a una lógica de la otredad.

Todo lo que se inició con Chernobyl, como estrategia fría, casi involuntaria, prosigue alegremente. Hay diez o veinte centrales atómicas soviéticas, a la espera de la fisura o de la fusión, como unas bombas de relojería, imposibles de neutralizar, y que prolongan el suspenso de una curiosa guerra fría occidental, por lo tanto sin retorsión posible. Al contrario, el adversario está obligado a asumirlo ... para evitar la catástrofe. Toda la estrategia del ex Imperio se organiza de este modo, a costa de la miseria, de las radiaciones o de la guerra civil, alrededor del agujero negro en el que él mismo habría caído, pero en el que va arrastrando uno tras otro a todos los antiguos adversarios y, a la historia misma, haciéndola refluir hacia un pasado incierto, una fase fetal en la que chocan los fantasmas de los conflictos antiguos, de los nacionalismos antiguos con el de las armas atómicas a partir de ahora inútiles (Baudrillard).

Tenuemente, entre los acontecimientos del mundo, distintos signos inéditos, pertenecientes al devenir del mundo planetario, se manifiestan con singular ritmo y simetría.

La simetría entre el todo y la parte busca que la homogeneidad de los sistemas totalitarios, en un primer momento, se fragmente para que la diversidad y la heterogeneidad de sus contenidos emerjan con una fuerza inesperada y un color inusual.

Los argumentos y las razones que explican esta manifestación de lo diverso en el seno de los estados nacionales y los modernos imperios casi nunca alcanzan la profundidad debida. Claro: no hay tiempo ni espacio. Mejor dicho, no es posible representar ni se ha aprendido a pensar la fugacidad, el holomovimiento y el devenir fragmentario de un todo.

Por obra de este ritmo entre la unidad y la totalidad, las partes de aquellos sistemas que simulaban una totalidad homogénea estallan sincrónicamente y sus fragmentos refrescan la plana geografía del mundo. Sin embargo la multiplicidad no cuestiona la totalidad sino la homogeneidad.

La irreductibilidad de la multiplicidad manifiesta en la diversidad de costumbres, etnias, culturas y religiones, lejos de ser un obstáculo son el alimento y el sostén del devenir mundial de la especie. La revuelta de los particularismos, a lo largo de todo este siglo, no cuestiona la convivencia de los pueblos, sino que señala la imposibilidad de eliminar las culturas para tal fin. Lo que aquí está en juego no es la posibilidad de convivir en una civilización planetaria sino, la crisis de la lógica de la mismidad y el dogma de la racionalidad industrial: el progreso "productivo".

La polifonía y alteridad emergen como los protagonistas de la próxima centuria y la hipótesis Gaia, es decir, la revuelta de la eco-organicidad vital frente a la mecanización y geometrización de la vida, cobra una nueva fuerza. Gaia emerge en el plano de una estética de lo tenebroso: el desastre ambiental, donde Procusto retrocede frente a las consecuencias de sus morfologías mutilantes.

Entre la lucidez y el nihilismo, y entre el espanto y el artificio se activa un vertiginoso proceso que inunda de noticias inusuales el adormecido espacio comunicacional de un planeta en trance y enviado frenéticamente hacia la gestación de una civilización andrógina, una lógica de la otredad y una política de las catástrofes que obliga consensuadamente a implementar una cibernética global de la gobernabilidad del mundo.

La androginia, la otredad y lo tenebroso son las distintas dimensiones del problema de la insatisfactoria resolución, por parte de la modernidad occidental, del puro acontecer humano.

Esta insatisfacción, hoy frustración, se expresa en la no superación del metaplano de la geometrización de la vida (orden sociopolítico o económico), en donde lo ambiguo, la alteridad, el tiempo y la complejidad se resisten a la pobreza reductiva de un sujeto moderno en disgregación.

Hoy en día también se producen residuos como tales. Se construyen inmensas superficies de oficinas destinadas a permanecer eternamente vacías (los espacios, como los hombres, están en paro técnico). Se construyen edificios mortinatos, restos que jamás habrán sido otra cosa que restos, ni tan sólo vestigios (nuestra época ya no produce ruina ni vestigios, sólo desechos y residuos). Auténticos monumentos al desafecto de la empresa humana, dando por bueno que sólo se les pedía que proporcionaran empleo, que mantuvieran la máquina en marcha durante la duración de su inútil edificación. ¿Y si fueran los únicos testigos de esta civilización, conmemorando en vida un sistema industrial y burocrático ya fenecido? Aquí también la historia da un paso fantástico hacia atrás, edificando las ruinas del futuro, las ruinas de un aparato que sigue creciendo como desecho virtual (Baudrillard).

Tal vez, la actual voluntad de reflexionar sobre las lógicas del orden y el desorden, sobre las estructuras disipativas, sobre los sistemas complejos e irreversibles y sobre las catástrofes o cambios bruscos en la continuidad racional de un proceso, pueda elaborar un nuevo metaplano que atempere la complejidad del juego entre la vida y la muerte, entre lo fugaz y lo eterno, hoy significativamente redescubierto en torno a la entropía, nombre moderno del maligno Tiamat.

Para Occidente ese metaplano es todavía el espacio del miedo y lo tenebroso, conjurado por la filosofía y la tecnología como nómeno y producto estético. Porque detrás de la simulada solidez de la sociedad industrial desarrollada, surge nuevamente la fisura entre el hombre y el espacio, que hace estallar una cultura de la rigidez y las formas por emergencia de la vitalidad de su contenido: el tiempo.

La modernidad occidental creyó dominar el miedo al entorno desnaturalizándolo, haciéndolo técnicamente manipulable. De esta manera, vaciándolo de sentido y lejos de soportar la vacuidad como lo real (resolución oriental) sólo nominalizó la realidad, para habitarla con cosas, como una prótesis especial que soporta la expansión del sujeto moderno sobre la totalidad del planeta.

La conquista dinámica de la llanura (y el mar) por parte de Occidente, contrastó con su desaparición en Oriente, con su petrificación en América precolombina y con la mimesis de la desmesura en África. Pero la dinámica planetaria, hoy satelizada, obliga a estas experiencias a un encuentro que no es una mera interdependencia económica o política.

Después de tanta astronomía, el hombre descubre que la tierra se ha puesto a andar justo en el momento que las sociedades se hallan transterradas. Porque, en todo caso, si se trata de pensar el sentido y los impactos futuros del espacio informático global entonces, tendrá que pensarse biosféricamente, es decir, como una interacción eco-bio-so-cio-tecnológica religante, para lo cual hace falta un pensamiento de la complejidad disipativa del devenir planetario de la totalidad fragmentaria del mundo y un arte que vuelva a percibir el germen de lo singular en la fugaz plenitud de lo global.

Porque si el hombre moderno no pudo resolver el espacio, ni siquiera vaciándolo de contenido, para reinventarlo mediante pesas y medidas como sucedió en la fundación de la modernidad, cómo podría resolver, hoy, su relación con la naturaleza del espacio informático que vuelto presente, virtual e irreversible, reinventa la historia como acontecimiento y fábula global de una es-

pecie que ha rebasado el límite entre lo natural y lo artificial.

La línea de demarcación de lo humano se va volviendo cada vez más fluctuante a medida que nos adentramos en lo biológico, en los arcanos moleculares de la biosfera. Si el humanismo occidental se había visto amenazado desde el siglo XVI por la irrupción de las demás culturas, hoy en día la barrera que salta por los aires ya no es sólo la de una cultura, sino la de la especie. Desregulación antropológica. Y desregulación simultánea de la ética, de todas las reglas morales, jurídicas, simbólicas, que eran las del humanismo (Baudrillard).

Frente a la inminencia de la necesidad de asumir la existencia del espacio informático como una totalidad noosférica, una buena perspectiva para reflexionar sobre la relación de los hombres con este nuevo contexto, es la experiencia del hombre americano que resolvió el espacio inventando mesetas o mimetizándose con el llano, a través de una semiosis del amparo, frente a lo inhumano del espacio y la fugacidad del tiempo, porque se puede correr el riesgo de producir estructuras virtuales de organización, planificación y producción, fuertemente centralizadas que transformen todo lo irreductible en un desperdicio o residuo material, emergiendo así una nueva marginalidad que sobrellevará la carga de lo real como disuación.

Por otro lado frente al desafío de esta red global habría que recordar aquella definición del hombre como emisor de símbolos que elaboró Cassirer y que Octavio Paz recreó de esta manera:

... somos el centelleo de un vidrio roto tocado por la luz meridiana, la vibración de un follaje oscuro al pasar por el campo, el crujir de la madera en una noche de frío. Somos bien poca cosa y, no obstante, la totalidad nos mece, somos un signo que alguien hace a alguien, somos el canal de transmisión; por nosotros fluyen los lenguajes y nuestro cuerpo los traduce a otros lenguajes...

Tal vez, aquí en América, como no tenemos confianza en las cosas, dado nuestro tardío arribo a la modernidad, nos encontremos situados entre lo virtual y lo residual, como si estuviéramos sostenidos entre la oración y el sueño, como un conjunto de microcosmos insondables cuyas resonancias son la clave promisoría de lo irreductible.

BIBLIOGRAFÍA

BAUDRILLARD, Jean, *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*, Anagrama, Barcelona, 1993.

MCLUHAN, M. y POWERS, B. R., *La aldea global*, Gemidas, Barcelona, 1990.

PAZ, Octavio, *El signo y el garabato*, Joaquín Mortiz, México, 1975.



"Templo centralizado"
Leonardo da Vinci